

## Emigración y política en la imagen de la Argentina en Italia, 1930–1955: las razones de una incomprensión

**Aldo Albónico\***

Este trabajo, que no tiene pretensión alguna de ser exhaustivo, está dirigido a subrayar algunos aspectos de la postura italiana respecto a la Argentina durante un cuarto de siglo. Las fuentes de la investigación son la documentación político-diplomática italiana conservada en el Archivo del Ministero degli Affari Esteri de Roma, la prensa de la época y la muy limitada historiografía existente. Aunque el tema de la emigración aparezca a menudo, este trabajo intenta, más bien, dejar sentado el contexto en que el mismo se sitúa.

El título de la ponencia, además de ser demasiado ambicioso, se presenta como una provocación. En efecto, del lado italiano, la realidad argentina ha sido objeto de muchos análisis. Tanto funcionarios oficiales como periodistas y observadores particulares han escrito sobre el tema. Sin embargo, no se puede decir que el entendimiento mutuo, más allá de lo retórico, haya sido cabal. Aún cuando ambos países se acercaron, de la parte italiana hubo intentos de aprovecharse de la aproximación para conseguir otras finalidades. De cualquier manera, el acercamiento debe considerarse insuficiente si consideramos el impacto del intercambio humano entre Italia y la Argentina.

El año 1930 fue escogido como punto de arranque porque fue entonces cuando se abrió una nueva fase en la relación entre los dos países, diferente a la del pasado. En esta etapa tuvo especial importancia el aspecto político-ideológico.

---

\* Universidad de Milano.

## *El estado de las relaciones italo-argentinas hasta la Segunda Guerra Mundial*

Después de la Primera Guerra Mundial, los flujos migratorios entre Italia y la Argentina se encontraban en un nivel muy bajo. Esta característica parecía insertarse dentro de una generalizada tendencia a la reducción de las relaciones entre Italia y América Latina. A pesar de que en los años veinte parte de la corriente de emigración italiana volvió a dirigirse hacia el Plata, no había grandes proyectos en ese sentido. A poco, se vio que el mercado de trabajo en la Argentina y en otros países latinoamericanos no ofrecían las posibilidades de antaño. Además, el alza del precio del transporte marítimo puso fin a la emigración "golondrina" y el gobierno argentino empezó a poner límites o trabas a la emigración.

Sin embargo, se sabe que el reajuste de larga duración en la política migratoria italiana devino en 1926-1928, anunciado en el Parlamento de Roma por el subsecretario de Asuntos Exteriores, Dino Grandi, y confirmado luego por el propio Mussolini. No fue un "borrón y cuenta nueva" pero sí un claro intento de distanciarse de la política migratoria vigente en la última gran época liberal, esto es el período de Giovanni Giolitti (1901-1914), cuando se había facilitado la migración y aceptado que los emigrados se integrasen en la vida de los países receptores. Conforme a la preocupación nacionalista, la nueva política intentó cuidar más la defensa de la identidad nacional de los emigrados y su vínculo con la patria; de esta manera, la libertad de emigración se supeditó a dichos objetivos. Además, el Duce tuvo como propósito aprovecharse políticamente de la masa de italianos existente en el extranjero, empleándola como un medio de presión para afirmar el prestigio y la potencia de la nueva Italia fascista. Tales intentos tuvieron especial vigencia en el Cono Sur de América, ya que, conforme a las estadísticas publicadas por el Ministero degli Affari Esteri, en 1928 había en Brasil 1.839.579 italianos, en Argentina 1.797.000 y en Uruguay cerca de 100.000. A éstos había que agregar los descendientes de los emigrados aunque, en el caso de la Argentina, si los de la primera generación conservaban por lo general la nacionalidad italiana, sus hijos se argentinizaban.

Desde luego, la politización de la emigración en el sentido gubernamental y fascista conllevaba problemas. En primer lugar, porque gran parte de la comunidad italiana interesada en la política conservaba una herencia democrática, republicana, socialista o ácrata. No obstante, las relaciones entre los emigrados politizados y la problemática política argentina, como la de aquéllos y la realidad política de su país de origen, no eran ni fáciles ni estrechas. Aún antes de la Primera Guerra Mundial, había limitados contactos entre el Partido Socialista Italiano y los socialistas argentinos y es muy conocida la reacción de Juan B. Justo y del Partido Socialista argentino al análisis y las críticas hechas por Enrico Ferri en 1908 y 1910. Entre la Primera Guerra Mundial y 1930, al igual que con el Partido Socialista argentino, la historia de la relación entre el Partido Socialista Italiano y el uruguayo era de por sí muy conflictiva. Por otra parte, entre los socialistas italianos que, tras la conquista del poder por Mussolini, buscaron en la Argentina una

temprana acogida, no había –hasta la llegada de Rodolfo Mondolfo, Renato Treves y Gino Germani– personalidades de primera categoría. Por supuesto, también tuvo su importancia el hecho de que la mayoría de los socialistas italianos era más de izquierda que sus homólogos argentinos y se consideraban superiores. Además, el enlace entre los antifascistas emigrados en París y los que estaban en Buenos Aires era muy flojo.

La situación de los socialistas, el bando político que constituía el eje de la oposición antifascista, parecía estar muy lejos de ser satisfactoria, dado que nunca dejaron de ser una pequeña minoría dentro de la comunidad italiana en la Argentina. Además, parece que los hijos de los emigrados que querían argentinizarse más bien ingresaban a la Unión Cívica Radical, aunque desconocemos si existen análisis de la participación italiana en dicho partido durante la época. Dada la serie de graves confrontaciones dentro de los otros partidos, grupos y asociaciones italianas e italo-argentinas, cabe preguntarse si la actividad contra la difusión del fascismo dentro de la comunidad italiana hasta 1930 –parece que los años más favorables fueron 1928 y 1929– pudo desarrollarse más por la postura favorable de las autoridades gubernamentales que por la fuerza propia de los antifascistas.

La situación cambió muy rápidamente en 1930 con el golpe de Estado del Gral. Uriburu. Entonces, la represión afectó a los grupos izquierdistas, particularmente anarquistas y comunistas, fueran argentinos o extranjeros que actuaran en el país. El fusilamiento del ácrata Severino Di Giovanni, autor de un atentado al edificio del Consulado de Italia en Buenos Aires que causó algunos muertos, tuvo un valor emblemático.

Motivaciones como la defensa del régimen contra sus opositores, como la expansión nacionalista llevaron a Mussolini a comprometerse más con la situación en la Argentina. Debe recordarse que en el acuerdo firmado en 1926 por el gobierno de Roma con el dictador español Miguel Primo de Rivera se concertaba una acción conjunta de ambos países en América Latina. La voluntad de ensanchar allende el Atlántico el radio de la política exterior italiana fue más tarde reafirmada por Mussolini en 1928 y 1929. En 1930, las circunstancias políticas de la Argentina –al igual que las de Brasil– ofrecían una ocasión favorable. Italia fue uno de los primeros países en reconocer al gobierno de Uriburu. Las aspiraciones y primeras medidas de este general –tendencia corporativa, eliminación del sufragio, creación de una legión cívica, etc.– parecían indicar que el nuevo gobierno quería moverse hacia el camino abierto por el fascismo italiano. Las autoridades argentinas acogieron muy favorablemente la amistad de Mussolini y ambos países conservaron buenas relaciones hasta 1936.

Sin embargo, Uriburu no encaró la construcción orgánica de un estado autoritario de nuevo cuño. Su relevo del poder y el comienzo de la presidencia del Gral. Agustín P. Justo en 1932, mostraron que la tendencia gubernamental era más bien tradicionalmente conservadora. Además, el juicio pronunciado por el representante italiano en Buenos Aires sobre el recién nacido Partido Fascista Argentino remarcaba el carácter escasamente prometedor del mismo: la derecha argentina era más nacionalista que fascista y tenía su eje en la Asociación Nacionalista Ar-

gentina (ANA) y en los círculos militares que añoraban a Uriburu. Por lo tanto, no parecía que el modelo italiano pudiera realmente realizarse en el Cono Sur.

Esta circunstancia, si bien constituía un balde de agua fría para la avidez de prestigio ideológico pretendida por Mussolini, podía tener sus ventajas. En efecto, entre Mussolini y las autoridades de Buenos Aires —Uriburu antes, y luego el gobierno Justo—Roca— había, además de una genérica hostilidad hacia la democracia, una objetiva convergencia. Como gran parte del sector politizado de la emigración italiana había simpatizado con los radicales de Yrigoyen, el interés de las nuevas autoridades argentinas estaba en controlarlos. Puesto que por ser demócratas eran antifascistas, resultaba conveniente favorecer, o por lo menos no estorbar, la propaganda fascista dentro de la comunidad italiana. Objetivos semejantes, con un orden de prioridad inverso, tenía el gobierno italiano. Aquí hay que buscar la primera y más importante concordancia entre los gobiernos argentinos de la época y la Italia fascista.

Hay que subrayar que el gobierno de Roma, enfrentado a la necesidad de adoptar una postura, decidió no tener en cuenta la opinión prevaleciente dentro de la comunidad emigrada respecto a los asuntos internos del país. Más bien decidió ajustarla a sus intereses, aunque esto significara perder la posibilidad de que los ciudadanos de origen italiano influyeran en la dirección de la Argentina a través del juego electoral. Aprovechando que los vínculos de los italianos antifascistas con los opositores al gobierno de Buenos Aires eran muy restringidos, la propaganda gubernamental italiana pudo desarrollarse y atraer hacia el fascismo a gran parte de los emigrados. El volumen del consenso todavía está por determinarse pero, a lo largo de la década, los fascistas lograron de hecho insertar agentes en casi todas las sociedades italianas de socorros mutuos, aunque formalmente sólo *La Nazionale* y la *Dante Alighieri* respaldaron de manera abierta la política de Mussolini. Se constituyó la fascista *Federazione delle Società italiane al Plata* y, luego, el bando antifascista organizó la *Federazione delle Società italiane in Argentina*. También, en la prensa de lengua italiana se dieron cambios de postura y frecuentes ambigüedades.

No surgieron graves problemas con las autoridades argentinas porque el gobierno de Roma se preocupó de poner límites a la propaganda. En efecto, cuando los responsables de algunos *fasci italiani all'estero* preguntaron si tenían que permitir que sus adherentes se alistasen en las organizaciones argentinas de extrema derecha, la orden fue negativa: los *fasci* debían interesarse sólo de los italianos y éstos no se debían comprometer en los asuntos internos argentinos. Esta fue la consigna dada por Mussolini a las organizaciones fascistas en el extranjero desde el congreso de 1925 y confirmada luego en 1928. Además, puede recordarse que, aunque el *fascio* de Buenos Aires fuera uno de los primeros en constituirse en Latinoamérica, el viaje a América del Sur en 1931 de Pietro Parini, secretario de la organización, proporcionó un juicio negativo sobre el *fascio* argentino y los existentes en casi todos los demás países: la reorganización subsiguiente de sus actividades se dirigió a privilegiar más la ayuda social que la política. Se puso énfasis en la construcción de las *Casa d'Italia*, en el *Dopolavoro*, en las escuelas,

etc.; la acción de propaganda se desarrolló a través de los periódicos, los diarios y el cine. Sólo desde 1938, con motivo de la guerra de Etiopía, hubo un nuevo impulso con acentos francamente ideológicos. En los primeros años de la década de los años treinta, las buenas relaciones con las autoridades argentinas sólo podía permitir una leve propaganda. De esta manera, el gobierno de Roma quería reservarse de manera exclusiva la actividad política de los emigrados porque de otra forma —como ya había ocurrido hacía poco en el Brasil— podrían generarse desavenencias peligrosas.

En realidad, el fortalecimiento de las tendencias autoritarias y nacionalistas en la Argentina, en toda Latinoamérica y en el mundo en general ofrecía al fascismo italiano una ocasión de realzar su prestigio y, poco después, las posibilidades concretas de llevar a cabo sus aspiraciones de gran potencia. Sin embargo, este hecho tenía también su revés preocupante: que el renovado nacionalismo de esos países se enfrentase al de Italia. Ya algunos gobiernos exigían la integración nacional de las comunidades extranjeras y el contencioso con la colonia italiana en la Argentina abarcaba los problemas de la doble ciudadanía, del servicio militar, de la validez de los títulos otorgados por las escuelas italianas, etc. Desde una perspectiva de larga duración, ello iba precisamente en contra de lo que quería el fascismo, esto es, conservar o mejor fortalecer los vínculos entre los emigrados y la patria de origen. Este fue uno de los puntos más contradictorios de la política fascista. Mussolini, para superar el mal paso, no dudó —con su cínico pragmatismo de siempre— en sacrificar algunas comunidades en el exterior canjeando la defensa de su italianidad por otras ventajas (tal el caso de Túnez, en ocasión de los acuerdos firmados con el ministro francés Laval, en enero de 1935). De vez en cuando, ante peligros de este tipo, los diplomáticos italianos llamaron la atención al Duce, pero el problema no tenía solución. Por ello, en 1933 el representante de Italia en la Argentina llegó a considerar que el gobierno Justo-Roca parecía más útil a los intereses nacionales de su país: si los elementos *ultrademocratici*, es decir los radicales y las demás formaciones de izquierda eran, sin duda alguna, enemigos, también los *ultranazionalisti*, aunque de derecha, podían ser peligrosos porque tenían “el argentinismo” como valor máximo.

También se dio cierta convergencia entre los gobiernos de Roma y Buenos Aires en materia de política exterior cuando el canciller Saavedra Lamas intentó dar a la diplomacia argentina una dimensión continental o quizás aún más amplia. Como la situación interior en Brasil, la otra potencia regional, no estaba muy clara y dado que Buenos Aires afectaba conservar buenas relaciones con el Reino Unido, país desde siempre aliado de Italia, se desarrolló una notable confluencia entre los dos gobiernos. Hubo conversaciones económicas —una misión extraordinaria dirigida por el embajador Ramos Mejía fue enviada a Roma— y, después de la firma del tratado anglo-argentino conocido como Roca-Runciman, Mussolini apresuró la conclusión, en noviembre de 1933, de un tratado comercial con el país del Plata.

Sin embargo, enseguida surgieron dificultades en la aplicación de los acuerdos. Una prueba de la incómoda situación del intercambio económico con la Argenti-

na se encuentra en la prensa italiana de la época. Al gran eco que mereció la firma de los convenios comerciales siguió un largo silencio, testimonio de las dificultades en la aplicación de los mismos y que recién se resolvieron en 1937 y 1938. Por el espacio concedido ocasionalmente en los diarios se pudo ver que, a pesar de las declaraciones de amistad y del relieve otorgado a las posibilidades de interrelación entre las dos economías, el intercambio comercial no mejoró gran cosa. En progresiva y acentuada disminución hasta 1932, casi siempre desfavorable para Italia, el comercio marcó en 1937 un rotundo fracaso, pues el valor de las importaciones italianas superó en dos veces y media al de las exportaciones, lo que empujó a las autoridades de Roma a reducir de forma unilateral el intercambio.

No obstante, la colaboración italo-argentina tuvo éxitos políticos. La diplomacia italiana hizo diligencias en favor del ingreso de la Argentina en la Sociedad de las Naciones y para que tuviera un representante permanente en el Consejo de la organización de Ginebra. Entonces, Saavedra Lamas se comprometió a apoyar en lo sucesivo al gobierno italiano en los asuntos internacionales; botón de muestra fue el nombramiento del embajador en Roma como representante argentino en Ginebra. Otra expresión de la nueva fase amistosa fue la adhesión de Italia –primer país europeo en hacerlo, en marzo de 1934– al Pacto contra la guerra realizado meses antes por Saavedra Lamas en Río de Janeiro, adhesión que dio mucho que hablar.

Examinada de manera retrospectiva parece evidente que la convergencia entre los dos países se fundaba en un equívoco. Sólo podía continuar mientras Mussolini persistiera en una política destinada a preservar el *statu quo*. Ello se vio en ocasión del asesinato del líder austriaco Engelbert Dollfuss, cuando la decidida acción italiana en favor de la independencia de Austria tuvo el aplauso de Buenos Aires. Las declaraciones de los máximos artífices de la diplomacia argentina –repetidas aún después de que el embajador italiano en la Argentina aludiera a la voluntad nacional de resolver los problemas con Etiopía– dieron al Duce la certidumbre de que la Argentina respaldaría cualquier acción italiana. A ese malentendido básico se debieron las desavenencias que siguieron. A finales de julio de 1935, cuando en Ginebra se discutieron las reivindicaciones italianas contra el país africano, el representante argentino se opuso a toda ganancia territorial obtenida a través de medios no pacíficos. Luego, cuando el ejército italiano comenzó a invadir Etiopía, la diplomacia argentina se encontró en ascuas. No podía contradecir toda su política precedente, pacifista y dirigida a lograr que, por lo menos formalmente, todos los países fueran considerados iguales y soberanos. Además, la postura asumida por Londres y París, capitales a las que Buenos Aires seguía mirando, era muy condicionante. Por eso, la diplomacia argentina apoyó los intentos de mediación conocidos como Plan Hoare-Laval y, fracasados los mismos, intentó promover otra componenda. Cuando la Sociedad de las Naciones votó las sanciones económicas contra Italia, la Argentina no pudo hacer otra cosa que acompañar la decisión. Esto enfrió notablemente las relaciones entre ambos países. El enojo italiano no llegó a ser definitivo porque el gobierno de Buenos Aires, aunque había votado las sanciones, al igual que la mayoría de los países hispanoa-

mericanos no las aplicó. Por otra parte, en aquel período, el gobierno de Roma consideraba de importancia estratégica el intercambio económico entre los dos países.

Desde luego, la comunidad italiana fue empleada como un arma de presión. La propaganda nacional-fascista entre los emigrados, coordinada por la embajada que, entre otras cosas, hizo surgir comités pro-Italia – tema que quizás merecería ser investigado– llegó a sus extremos. Por su parte, en el bando contrario, fueron señalados los esfuerzos británicos –a manera de anticipación de lo que ocurriría durante el segundo conflicto mundial– por aunarse a la reanudación de la actividad de los italianos antifascistas. La movilización de la comunidad italiana y de sectores políticos argentinos favorables a la hazaña etíope sirvió para ejercer presión sobre el gobierno de Buenos Aires. Hay que decir que la diplomacia italiana también dejó vislumbrar la posibilidad de conceder algo en el contencioso migratorio si las autoridades argentinas resistían mejor a las apremiantes presiones británicas.

Después del éxito militar y de la proclamación del imperio, Roma también se irritó por la tibieza con que la Argentina se sumó a la maniobra destinada a solicitar el retiro de las sanciones. La cada vez más estrecha relación de Buenos Aires con el Reino Unido –se estaba discutiendo la renovación del acuerdo Roca-Runciman– y el intento de Saavedra Lamas de fortalecer a la Sociedad de las Naciones haciendo de la Argentina su baluarte en América y el enlace obligatorio con Europa, determinaron a Italia a abandonar al país del Plata y a buscar en el Brasil y, secundariamente, en Chile, sus aliados allende el Atlántico. Aún cuando se intentase “recuperar” a la Argentina enviando como embajador al prestigioso diplomático Raffaele Guariglia, nunca se volvería a la intimidad de las relaciones exteriores existente en la primera mitad de los años treinta.

Roma se mantuvo prudente frente a las oscilaciones argentinas hacia la guerra de España y a los intentos de la cancillería de Buenos Aires (en 1939–1940) por impedir que Italia entrara en guerra contra el Reino Unido. Sólo la actitud neutralista adoptada en 1941 por el nuevo canciller –y antiguo adversario del fascismo en Ginebra– Enrique Ruiz Guiñazú, contó con el aplauso italiano. En 1943, el decidido viraje político argentino hacia el Eje no pudo influir en los trágicos sucesos italianos del mismo año, pero –véase más adelante– facilitó el trabajo diplomático dirigido a permitir el reingreso de Italia en la comunidad internacional.

### *El reflejo en la prensa de la época de las relaciones ítalo-argentinas*

Como en la Italia de los años treinta la prensa estaba controlada por las autoridades, puede pensarse que las imágenes de los países extranjeros se supeditaban a las consignas del régimen. Si bien el análisis ha confirmado que ello ocurrió, no siempre fue así y, a menudo, el proceso tuvo caracteres imprevisibles. Por ejemplo, hay que distinguir entre lo aparecido en un gran diario como *Il Corriere de-*

lla *Sera* y las revistas político-ideológicas *fascistissime* como *Critica fascista* y *Gerarchia*.

En aquella época, el diario de Milán daba suficiente información sobre Latinoamérica: además de las noticias ofrecidas en ocasión de cambios de gobierno y otros sucesos de cierta importancia —conseguidas por lo general a través de las agencias de prensa italiana y extranjeras— hubo frecuentes reportajes a cargo de enviados especiales muy conocidos. Por lo que se refiere a la Argentina, precisamente en junio de 1930, Arnaldo Fraccaroli empezó a publicar en la página cultural de *Il Corriere della Sera* una serie de reportajes desde el país del Plata, artículos que luego fueron parcialmente recogidos en dos volúmenes. La imagen que Fraccaroli presentó del país sureño era muy positiva: una tierra rica e inmensa. Quizá menos positiva era la imagen de los argentinos, hombres que creían en la suerte y esperaban que ésta, sin trabajo, los acompañara. Era el tradicional enfoque europeo sobre América Latina, “paraíso terrenal” cuyas riquezas sus habitantes no sabían aprovechar. Pero, poco a poco, Fraccaroli ensanchó esa visión y se apercibió que, detrás de Buenos Aires, había un país que producía cantidades increíbles de trigo, reses, etc. Sin embargo, el periodista subrayaba que el porvenir ya no parecía tan halagador como antaño pues la depresión económica mundial afectaba a la prosperidad; además, señalaba la existencia de un gran descontento con la política personalista de Yrigoyen.

Desde luego, no faltaban los artículos sobre costumbres. Se dedicaba mucha atención al tema de los italianos emigrados. Por supuesto, el tono era apologetico y se llegaba a acentos líricos describiendo la relación entrañable entre el campesino italiano y la tierra. Si los piemonteses de Santa Fe eran un ejemplo de italianidad y si la imagen de los italianos de la Boca era cariñosa —conservaban muy bien su lengua, las costumbres de la patria y una “superior capacidad de trabajo”—, no se podía decir lo mismo de otros, que desafortunadamente eran la mayoría, y que no sabían o no querían hablar italiano y se avergonzaban de su origen ... Hay que subrayar que Fraccaroli no hacía hincapié en el asunto ya que no era un escritor político ni el régimen fascista —estamos en 1930— había vuelto decididamente su atención a los países latinoamericanos.

Precisamente, este interés comenzó a cuajar desde el cambio de gobierno en la Argentina. El derrocamiento de Yrigoyen ocurrió cuando Fraccaroli estaba saliendo de la Argentina. El periodista aprovechó la ocasión para escribir algunos artículos sobre la “revolución” y llegó a entrevistar al propio Uriburu. Adueniéndose de las justificaciones y afirmaciones de este general, Fraccaroli sostuvo tres juicios: la situación política era intolerable por la ineptitud y corrupción del gobierno radical; no sólo los militares sino también el pueblo se habían levantado contra el gobierno; el nuevo gobierno otorgaba muchas garantías inclusive a nivel internacional y se destacaba que muchos bancos del extranjero y del interior —incluidos los bancos italo-argentinos y algunos italianos— ofrecieron a Uriburu su apoyo financiero, etc.

Como el gobierno de Italia fue uno de los primeros en reconocer a Uriburu se instaló una completa uniformidad entre la dirección política y la prensa. En con-



traste con la que sería una consigna del régimen —no propagandizar el compromiso de los emigrantes italianos con los sucesos internos de los países en que vivían— trascendió la noticia de que la comunidad italiana de Santa Fe se había percatado del desgaste del gobierno de Yrigoyen y que, inclusive, se habían producido víctimas italianas durante los tiroteos acaecidos en el curso de la revolución. A pesar de ello, debe destacarse que la visión de Fraccaroli sobre la Argentina, y la América Latina en su conjunto, era poco comprometida y contrastaba con otros artículos, más bien político-ideológicos, que aparecieron en otras secciones de *Il Corriere della Sera*. Por ejemplo, en las columnas del diario de Milán se otorgó un notable realce a la creación del Partido Fascista Argentino. Los mítines anticomunistas organizados por el gobierno de Buenos Aires en 1932, permitieron a *Il Corriere della Sera* subrayar, por un lado, el peligro bolchevique en Latinoamérica y por otro, la terminación, de una vez por todas, de la tolerancia parlamentaria hacia los subversivos: de continuar por ese camino y seguir con el ejemplo de Italia se estaría, dada la tradición liberal argentina, frente a una excepcional novedad. Lo sorprendente —y sucesos de esta índole se repetirían con frecuencia— es que en el diario no apareció comentario alguno sobre la sustitución de Uriburu y ni siquiera se dio noticia del acontecimiento. Mas que una omisión periodística parecía un olvido políticamente motivado: por entonces, en la más acreditada revista de Mussolini, *Gerarchia*, el general Uriburu fue archivado como un reaccionario que derribó al gobierno elegido “por los hijos de los emigrados, esto es por el pueblo”, a fin de favorecer a los viejos oligarcas y latifundistas.

Otro tema interesante fue la admisión en *Il Corriere della Sera* —en ocasión de otro artículo contra el comunismo latinoamericano— de que Mussolini había pedido muchas veces al gobierno de Buenos Aires que pusiera término a la actividad de los antifascistas italianos en la Argentina. Sin embargo, hasta la llegada de Uriburu, dichos reclamos no habían tenido éxito. Hay otros casos que ilustran las dificultades que encontraban los fascistas italianos en la Argentina, por lo menos antes de que se produjera el golpe de 1930. En enero de ese año, el diario informó la discusión en el Parlamento de Buenos Aires sobre la actividad de los agentes del Fascio y las quejas por el hecho de que el embajador Giuriati se presentó en un acto oficial estrenando la camisa negra. Asimismo, se reprodujo un artículo del *Legionario*, el periódico de los fascistas italianos en el exterior: en el escrito se admitía la atmósfera hostil al fascismo existente entre los intelectuales argentinos y se detallaban los recientes decretos restrictivos de la inmigración. Con Uriburu la situación mejoraba, y el hecho de que el propio presidente participara de la inauguración de la nueva sede del Patronato Italiano de Buenos Aires fue interpretado por *Il Corriere della Sera* como una prueba de que el gobierno atribuía a las relaciones con Italia una importancia de primera categoría.

En los siguientes años, *Il Corriere* proporcionó con puntualidad noticias acerca de los acontecimientos positivos que marcaron las relaciones entre ambos países. En 1931, Arnaldo, el hermano del Duce, inauguró la nueva línea telefónica directa. En 1933, la Armada argentina recibió dos submarinos construidos en Italia, mientras que arribó a Roma una importante delegación argentina para concluir el

nuevo acuerdo comercial. El propio Mussolini fue a recibirla y al acontecimiento se le otorgó un gran realce. En un editorial que enmarcaba la visita dentro de la hermandad latina, con poca cortesía –lo que debió irritar mucho a los huéspedes– se subrayaba que si no fuera por la inmigración italiana la Argentina no sería gran cosa...

En el tema inmigratorio no faltaron las notas negativas. En 1932, otro corresponsal de *Il Corriere* denunció las condiciones de pobreza en que se encontraban millares de parados en la “ciudad de los vagos” de Buenos Aires. Ahí –se redacta– había muchos italianos que deseaban volver a su patria: algunos habían emigrado eludiendo las muy oportunas leyes del fascismo contra la emigración y el hecho debía considerarse, concluye el periodista, como una amonestación ya que “no hay suerte fuera de las fronteras nacionales”. El asunto, de índole trágica, recibía un tratamiento ridículo puesto que en 1930 fue el propio gobierno italiano quién hizo la vista gorda al otorgamiento de pasaportes con el propósito de abrir una válvula de escape al malestar económico producido por la crisis internacional. Además es necesario recordar que, aunque se dio una fuerte contracción en la emigración italiana hacia la Argentina desde 1932 (menos de diez mil individuos por año), en la década 1930–1940 ingresaron al país del Plata casi 110 mil italianos y egresaron poco más de 78 mil. Aquel corresponsal de *Il Corriere* que arremetía contra la emigración, también dio una imagen tragicómica de la vida política argentina describiendo una intentona poco seria de derrocar al presidente Justo. Pero, el verdadero objetivo de ensañamiento no parecía ser el país del Plata sino la democracia, puesto que se aplaudía la represión gubernamental y la eliminación de todo tipo de subversivos.

Desde 1934, en *Il Corriere* comenzaron a aparecer artículos exaltando la latinidad, cuya cabeza ya no eran ni la corrompida Francia ni la vieja España sino la Italia fascista, modelo a imitar allende el Atlántico. Del “alma latina” de los argentinos se ocupó otro enviado especial del diario de Milán. Los argentinos eran una emanación del pueblo italiano: se observaba que ellos desconocían el hecho pero que, algún día, lo admitirían. En la actualidad –escribía el periodista en diciembre de 1935– las manifestaciones en favor de la acción italiana en Etiopía enseñaban que la fe en la patria había vuelto a brotar... Este y otros artículos del mismo tenor eran meramente propagandísticos. Por ejemplo, en ocasión de la crisis de Etiopía, *Il Corriere* informó que las autoridades argentinas toleraban la propaganda de los italianos antifascistas, desarrollada en las columnas de los diarios *Crítica*, *Noticias Gráficas*, etc. pero omitía que el gobierno argentino, en diciembre de 1935, permitió una “semana de Italia” en la que la bandera italiana había sido puesta al lado de la bandera nacional. Sobre este tema tenemos el testimonio muy acreditado, expresado en sus memorias, de Raffaele Guariglia, que fuera embajador en Buenos Aires desde finales de 1936 hasta septiembre de 1938. El diplomático afirmó que en ningún país el proceso de asimilación de los inmigrados fue tan rápido como en la Argentina y confesó su desengaño al observar lo poco que sus connacionales emigrados cuidaban de la antigua patria. Aún durante la guerra de Etiopía, la mayoría de los italianos en la Argentina se mostraron indiferentes y, en

ciertas capas, hasta fueron hostiles. Londres y Washington intentaron aprovecharse del asunto llegando a decir que los italianos, dueños del país africano, podían criar reses y competir con las carnes del Plata. Cuando Guariglia presentó al nuevo imperio como pacífico y sólo afecto al trabajo, la prensa antifascista tildó a su discurso como comunista. Algunos jóvenes —recordó Guariglia— retornaron a Italia para sumarse a la lucha y se recogieron donativos, pero su cantidad fue muy inferior a lo que se podía esperar. Sólo cuando llegó la noticia de la caída de Ad-dis Abeba hubo una gran manifestación en la Plaza de Mayo y frente a la embajada de Italia.

Sin embargo, según contó Guariglia, Mussolini se enojó bastante frente a la tibieza de los italo-argentinos y decidió volver su atención a los italianos de Brasil. De acuerdo al comentario del antiguo embajador, fue una decisión superficial fruto del insuficiente conocimiento de la realidad latinoamericana que tenían los italianos que nunca habían vivido en aquel país. En efecto, cuando Getulio Vargas se volvió contra el Eje, los italianos del Brasil no reaccionaron. Además, añadió Guariglia, la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial fue determinada en defensa de los intereses del país y no por razones ideales, por lo que los italianos no tuvieron papel alguno en la adopción de dicha postura. El propio Guariglia, que recibió la orden de intentar vender aviones de combate italianos a la fuerza aérea argentina confesó que, aunque se dirigió a los oficiales de origen italiano tocando la tecla sentimental, no consiguió vender ni un solo aparato. El único éxito diplomático de su misión fue la firma del acuerdo que solucionó el contencioso sobre el servicio militar. Por otra parte, el intercambio disminuyó y, cuando se renovó el tratado de comercio en 1937, hubo que aceptar la importación a Italia de cierta cantidad de uvas argentinas como condición para poder exportar productos italianos al Plata.

Si en los grandes diarios se encontraban artículos más bien complacientes, como los de *Il Corriere della Sera*, presentando a menudo una realidad dirigida a un público de masas, por el contrario, como veremos adelante, en las revistas más especializadas se registraban brotes críticos. Próximo a la realidad político-diplomática del período y claramente escrito para marcar una pauta, era el artículo del diputado Alessandro Pavolini (más tarde, ministro) publicado en *Il Corriere*. En lugar de hablar de la fraternidad latina, más bien ridiculizaba el intento de Saavedra Lamas de construir un "jardín de la paz" en Buenos Aires y el Premio Nobel que se había otorgado al canciller argentino. Quizás, esta fue una de las más fuertes referencias públicas que mostraba el enojo del gobierno italiano contra las autoridades argentinas. Después de la crisis motivada por las sanciones de la Sociedad de las Naciones, en la prensa italiana se hablaba poco de la Argentina. Cuando se produjo el conflicto petrolero en Méjico, *Il Corriere* informó, de modo condenatorio, los vagos intentos argentinos de nacionalizar los ferrocarriles extranjeros. En 1939, a través de la pluma de otro corresponsal se describía a la juventud argentina como afectada por una creciente influencia yanqui. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la América Latina casi desapareció como asunto de información y sólo volvió a aparecer, esporádicamente, como medio de propagan-

da. Dentro del debate, de hecho descabellado, acerca de las consecuencias de la guerra en la América del Sur, se escribió que quizás la Argentina, como único país manufacturero, podría asumir la dirección económica de la región.

Más ideológica era la visión de América Latina, y por ende de la Argentina, en las revistas *fascistissime. Critica Fascista*, dirigida por uno de los más interesantes intelectuales del régimen, Giuseppe Bottai, “descubrió” el subcontinente en 1934. No es por casualidad que la primera carta con que se estrenaba la sección *Lettere dall'Argentina* se titulara *La scoperta dei sudamericani*. La imagen de los países sureños era muy eurocéntrica: se decía que era un mundo mirando continuamente a Europa, que importaba toda novedad del Viejo Mundo y que, puesto que le faltaban raíces históricas y capacidad de elaboración, no había aportado ni aportaba algo a la cultura. Los rascacielos y las demás modernidades de Buenos Aires podían deslumbrar pero ello no modificaba el juicio: los pueblos de América eran todavía primitivos. No valía acordarse de la multitud de inmigrados europeos: éstos eran los verdaderos sudamericanos. Corresponde recordar –añadimos nosotros– que cuatro años antes, en la misma revista, el hispanista Mario Puccini había dado una imagen de la vida cultural latinoamericana completamente diferente pues subrayaba lo nuevo y vivo que había en las revistas literarias del continente.

Diferencias de juicio como la susodicha se encontraban a menudo en la prensa de la época y, en particular, en *Critica Fascista*. Algunos cambios de enfoque se debían a precisas consignas del régimen; esto se percibe muy bien en lo referente a las polémicas contra el imperialismo de EE.UU. Las mismas se inflaban o se desvanecían conforme al buen o mal momento por el que atravesaban las relaciones entre Roma y Washington. El sistema de consignas también se revelaba claramente a través de las sentencias pronunciadas a favor o en contra de Uriburu, Vargas, el chileno Alessandri y los demás líderes latinoamericanos. No obstante, la impresión que se recibe leyendo la prensa es que no todo respondía a consignas. En los temas latinoamericanos había bastante libertad de expresión, porque aquellos no configuraban, al fin y al cabo, un plano de intervención privilegiado por el régimen. Sólo así se explican las diferencias de enfoque tan marcadas que era posible advertir en el tratamiento de asuntos no secundarios –por ejemplo, el juicio sobre la italianidad de los emigrados– en las dos revistas *fascistissime* durante el mismo año. Sin embargo, es cierto que, en la segunda mitad de los años treinta, se verificaba una creciente ideologización, sincera o forzada. Por eso, en 1938, hispanistas como Puccini escribieron cosas completamente diferentes de las que habían escrito diez años antes.

No faltaron los súbitos cambios de ruta como la desaparición, sin explicación alguna, de la sección *Lettere dall'Argentina* de la revista *Critica Fascista*. Ello ocurrió luego de una serie de artículos bastante fuertes en que el titular de la sección, Sandro Volta, condenó como ingobernables, poco avisados, etc., a los pueblos latinoamericanos. Y afirmaba que, dado estas características, eran necesarios los caudillos. Yrigoyen, escribía Volta, fue uno de los caudillos más demagógicos y corruptos pero, a lo largo de sus dos presidencias, la Argentina había tenido go-

bierno; después de él sólo hubo reacciones y cuartelazos. Los que mandan —añadía— nunca habían tenido contacto alguno con el pueblo, con los trabajadores, y únicamente la iniciativa de los inmigrantes europeos podía, quizás, cambiar el triste panorama del presente... Además, la responsabilidad de los efectos de la depresión económica se descargaba sobre los hombros de los latinoamericanos, incluidos los argentinos; si ahora se encontraban en ascuas la culpa era suya puesto que, hasta último momento, creían que la prosperidad continuaría siempre y no habían puesto mano en la construcción de industrias. Podemos decir que no sorprende que semejante enfoque, además de ser contradictorio, pudiera ser considerado peligroso por la censura; además, es probable que el gobierno de Justo hubiera protestado. Como quiera que sea, la sección *Lettere dall'Argentina* desapareció de la revista *Critica Fascista* y sólo, años después, reapareció bajo otro título y a cargo de otros periodistas.

En oportunidad de las sanciones de la Sociedad de las Naciones, en *Critica* se encontraban reproches al gobierno de Buenos Aires por la postura adoptada, aunque no se insistía mucho en el tema. El cambio de *partner* privilegiado —Brasil sustituyó a la Argentina en la apreciación del fascismo italiano— también podía hallarse en *Critica Fascista*. Se volvió a hablar del país del Plata sólo cuando estalló el conflicto mundial e Italia permanecía en la no beligerancia. El artículo respectivo examinaba un decreto de junio de 1939, mediante el cual el gobierno de Buenos Aires puso fuera de la ley a todas las organizaciones políticas extranjeras presentes en el país, incluido el Fascio Italiano. El comentario era templado: en ese trance, casi se justificaba la medida en tanto necesaria para la supervivencia de un estado formado por comunidades diferentes. Si los ítalo-argentinos eran tibios u hostiles para con su antigua patria, la responsabilidad era de la *Italia demo-liberale e malarica di una volta*, la que, olvidando a sus hijos, permitió que los mismos se avergonzaran de su pasada miseria... Si a esto se añadía que los argentinos seguían apegados a las ideas democráticas y pacifistas y que no entendían bien la revolución fascista porque para ellos la palabra revolución sólo significaba cuartelazos y tiranuelos, no había que considerar la desaparición del Fascio como un acto de enemistad.

En los artículos del periodista encargado de la sección latinoamericana había cierta simpatía hacia la Argentina junto a una fuerte lamentación por lo poco logrado en dicha región. Europa parecía haber fracasado en Latinoamérica pues, desde Washington hasta Buenos Aires, sólo se hablaba de americanismo... Cuando Italia se sumó al conflicto, otro periodista, Aldo Bizzarri, escribió sin rodeos que, en realidad, América Latina “no existía”. Sin embargo, la propaganda bélica tenía sus exigencias y, en consecuencia, se expusieron todos los atropellos británicos contra la Argentina, desde la ocupación de las Malvinas hasta el dominio económico de entonces. Se señalaba que si bien el pueblo argentino había entendido que las dolencias del país eran de origen inglés, en el gobierno y en las clases rectoras subsistía mucha anglomanía. Todo criollo cuerdo sabía que las tres grandes plagas de la Argentina eran los judíos, la masonería y el capitalismo in-

glés: sólo por orden de Londres se había disuelto el Fascio y se inventaron quintas columnas fascistas...

La trayectoria del gobierno de Buenos Aires en 1941-42 fue acogida con aplausos por *Critica Fascista*. Se volvió a sostener que los argentinos eran "latinos y católicos", que no habían picado el anzuelo anglosajón y que, con su neutralidad, habían salvado el honor del continente americano. Más tarde, también se subrayaba lo lejos que quedaba la economía argentina de Washington... En el marco de la polémica contra "la traición de los latinos de América", la revista, olvidando la política autárquica de Mussolini, llegó a escribir que fueron los gobiernos del continente los que cerraron el ingreso a los emigrantes italianos... Sin embargo, una vez más se salvaba a la Argentina, en tanto que al canciller Ruiz Guiñazú se le dedicaba un artículo muy laudatario.

Con la caída del Duce en julio de 1943, *Critica Fascista* desapareció. Por entonces, el mismo destino tuvo *Gerarchia*, la revista mensual dirigida personalmente por Mussolini. Más acreditada por la calidad de las personalidades que escribían en ella, *Gerarchia* era, simultáneamente, más oficialista y reflejaba mejor los verdaderos objetivos de la política exterior italiana. Quizás por esa razón se encontraban en ella menos artículos sobre América Latina y, por lo tanto, sobre la Argentina. Las líneas de interpretación fundamentales eran las mismas que las de *Critica*: lucha contra el imperialismo anglosajón e intento de dar relieve a la latinidad.

En el tema de la emigración, la revista reflejaba los cambios de postura de Mussolini. Dentro de esa línea, en 1929, en el marco de un escrito de tono moderado y optimista, se subrayaba lo oportuno de la nueva política orientada a animar a los emigrados a volver a la patria. Sin embargo, no se podía pretender que eso fuera posible para quienes estaban allende el Atlántico, en la Argentina. Aunque hubiera algo que hacer en su favor -se sugería el nombramiento de algún italoamericano en el Senado de Roma-, los emigrados allá *rimangono attaccatissimi alla patria y nella quasi totalità conservano la cittadinanza italiana*. Para *Gerarchia* casi no había problemas con los emigrados a América y en este aspecto contrastaba con *Critica*, que aparecía más libre de las exigencias propagandísticas. Por otra parte, en *Gerarchia* la consigna que dejaba bien sentadas las diferencias entre el fascismo italiano y sus sucedáneos sudamericanos era más clara. En este sentido, muy pocos líderes latinoamericanos -brasileños y chilenos, en particular- se salvaban de la desmitificación. Uriburu, como ya se señalara, era tildado de reaccionario y de enterrador de un gobierno demagógico pero expresión política de los hijos de emigrados. Para moderar los juicios sobre la Argentina, se remarcaba que una parte de la prensa argentina, los diarios *La Nación* y *La Razón*, expresaban su amistad hacia el régimen italiano.

Después de 1933, en *Gerarchia* eran escasos los artículos sobre Latinoamérica y, más que a la Argentina, se reservaba la atención a Brasil. Lo ocurrido en ocasión de las sanciones de Ginebra fue el punto de arranque para volver a subrayar que no se podían comparar los elementos totalitarios presentes en Sudamérica -ni siquiera el integralismo brasileño- con el fascismo italiano. Tampoco el crecimiento de las tendencias nacionalistas tenía algo que ver con el mensaje de Mus-

solini, porque el nacionalismo en Latinoamérica, y en la Argentina en particular, seguía creyendo en la democracia, en la libertad y en el pacifismo. Corolario de este análisis –que daba cuenta parcial de la realidad– era la constatación de que resultaba imposible considerar como italianos a los hijos de los inmigrados. Por supuesto, no se decía que esta reflexión significaba una completa inversión de lo que se había afirmado ocho años antes. Sin embargo, de esta manera, se acomodaba el dilema italiano sobre el asunto, ya subrayado por la diplomacia. En efecto, reconocer que era legítimo que los gobiernos extranjeros exigieran fidelidad absoluta de parte de sus ciudadanos, permitía al gobierno de Roma consolidar sus relaciones diplomáticas con la región. Precisamente, esta fue la postura de *Gerarchia* frente a las recriminaciones presentes en *Critica Fascista*. Para justificar sus afirmaciones, *Gerarchia* invocó la autoridad de personalidades de la cultura de la época, entre ellas la del gran historiador Gioacchino Volpe. Dentro de esas perspectivas de amistad, las comunidades italianas podrían tener un papel relevante porque constituían el canal natural de las relaciones entre Italia y los estados sudamericanos.

Simplificando, en la prensa examinada existen tres posturas sobre el tema de los emigrados. La primera, que se encuentra en *Critica Fascista*, considera a los hijos de los emigrados como descartados e “inútiles” para la patria. Por su parte, la postura más prudente de *Gerarchia* extraía conclusiones amargas del proceso de asimilación pero seguía considerando a la comunidad italo-argentina como un medio conveniente. La tercera postura, de *Il Corriere della Sera*, es aún más contradictoria y plantea pocos problemas alrededor del carácter y el destino de los emigrados: por la tirada del diario de Milán, se puede pensar que la opinión pública estuviera más influida por esa actitud.

Para concluir, y haciendo mayor hincapié en lo complejo de la visión de la Argentina y los italianos del Plata, merece una referencia el breve bosquejo escrito por el hispanista Mario Puccini, aparecido en 1938 dentro de la colección *Civiltà italiana nel mondo* de la *Società Nazionale Dante Alighieri*. El comienzo del mismo era todo una declaración: el autor, empleando el “nos” que identifica en la suya la opinión de todos los italianos, se quejaba de la poca amistad de la Argentina en ocasión de la crisis de Etiopía, de la incomprensión hacia el programa nacional fascista y de la supervivencia de las turbias y torcidas ideas democráticas. El juicio sobre la república del Plata era agri dulce. Había cosas buenas y cosas malas; sobre todo, la bastante extendida hostilidad para con lo italiano, sea lo inmigrado sea lo de afuera, revelaba que la Argentina era un país que aún no había madurado, vivía al día y no creía en la historia... eso aligeraba su culpa. Afortunadamente –se subrayaba– cada día más argentinos conocían mejor y apreciaban a la nueva Italia. En el bosquejo no faltaban alabanzas que, rápidamente se detectaban como postizas –el pueblo argentino es “sólido y constructivo”– pues contrastaban con otras afirmaciones diseminadas más adelante.

Lo que más molesta en el texto lo constituye en la constante y desmesurada alabanza de los italianos: las mejores chacras eran las de los italianos, los mejores palacetes habían sido construido por los italianos, etc. Si el país había crecido

material y espiritualmente, la mitad del mérito era de los italianos porque, además de tener ese origen casi la mitad de la población, la italiana era la raza más armónica, esto es, la más apta para dar frutos no percederos. Despiadada y sincera era la descripción del casi nulo vínculo o, peor, de la animadversión que los ítalo-argentinos de la segunda generación, casi descastados, tenían hacia la patria de origen. Si en el campo los recuerdos se cuidaban más, en la ciudad la situación resultaba realmente sombría. Entonces ¿qué hacer? La conclusión, aparte del tono triunfalista que se proyectaba hacia el porvenir, era cabal: reconocía que, dentro del contexto argentino, la insistencia en la política ensayada surtiría un efecto contrario al deseado. En consecuencia, se sugería gastar todas las energías en lograr que Italia se conociera mejor; esto sólo se podía conseguir a través de la escuela, de los libros, del teatro... Era casi la confesión de un fracaso y los acontecimientos de los años sucesivos, con la catástrofe militar italiana, no pudieron hacer nada para cambiar las cosas.

### *Las relaciones ítalo-argentinas en la posguerra*

El hecho de que la Argentina fue la única nación latinoamericana que no declaró la guerra a Italia ni tampoco rompió las relaciones, hizo que, a pesar de los cambios que afectaron la política de los dos países en 1943 y de las difícilísimas comunicaciones, se mantuviera un enlace especial. Cuando en 1943-1944 la diplomacia del Reino de Italia se planteó el problema de volver a tener relaciones con los demás países del continente americano, una parte de los contactos —si bien no la más importante— se desarrollaron en Buenos Aires. De entre las iniciativas llevadas a cabo, se destacaron el envío de trigo argentino a Italia a través del Banco di Napoli y la recuperación de ocho de los buques nacionales ya vendidos al gobierno de Buenos Aires en 1941, pero con contrato de retroventa. En efecto, el problema más urgente del gobierno de Roma era obtener créditos para pagar las vituallas y encontrar transportes suficientes para llevarlas a Italia. Había tanta escasez que fue necesario demorar el envío de nuevos diplomáticos a Latinoamérica y se tardó mucho en recoger los donativos de las comunidades emigradas.

En lo que se refiere a la emigración, hay que subrayar que los habitantes de nacionalidad italiana no tuvieron que sufrir en la Argentina ninguna de las limitaciones que se levantaron, después de diciembre de 1941, en casi todos los demás estados americanos. Esto favoreció cierta continuidad político-ideológica y patriótica dentro de la comunidad emigrada, hecho que terminó por preocupar, en mayo de 1945, a las cumbres de la diplomacia. El director de la sección Asuntos Políticos del *Ministero degli Affari Esteri*, Vittorio Zoppi, subrayaba que nuestros representantes en la Argentina y en otros países latinoamericanos habían señalado que si una parte de los emigrados habían aceptado al nuevo régimen democrático italiano, otros “todavía parecían estar aferrados a erradas y superadas ideologías”.



En los años siguientes, la actividad de los grupos del neofascismo italiano en la Argentina siguió recibiendo la atención de parte de los cónsules y embajadores, aunque el problema no se planteara nunca de manera exhaustiva. En ello influyeron muchas causas, entre las cuales, quizás, se contaba cierto malestar psicológico por los éxitos patrióticos obtenidos en algunos sectores por el fascismo. Hasta la fecha, el asunto no ha merecido la atención que se merece: si en los últimos años se ha investigado la actividad de los grupos antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial, por el contrario sabemos muy poco sobre la envergadura de las simpatías hacia el Duce dentro de la comunidad emigrada. Y también, tema aún más interesante, sobre lo relativo al flujo de los antiguos fascistas que se fueron a la Argentina después de 1945, precisamente porque el país del Plata parecía ofrecer ciertas garantías. Por ejemplo, podemos recordar que el comandante del buque de entrenamiento de la Armada italiana *Amerigo Vespucci*, en el informe redactado después de la visita efectuada a Buenos Aires en 1953, escribió que el partido neofascista italiano era muy fuerte en Buenos Aires, que el gobierno de Perón le daba un apoyo concreto aunque no oficial y que la tripulación del buque había sido invitada a comer y bailar en la sede del Movimento Sociale Italiano, etc. Además, en otro informe de 1953 escrito por el delegado gubernamental del transatlántico *Giulio Cesare*, se dice que la prensa ítalo-argentina de orientación neofascista era, con creces, la más leída allá. Personalmente ignoro si entre los estudios politológicos sobre el peronismo existe algún análisis dilucidando la postura de la comunidad italiana hacia Perón y el posible enlace entre la simpatía hacia Mussolini y el favor otorgado a la revolución justicialista. Además, hay que añadir que muy temprano las autoridades consulares y diplomáticas italianas tuvieron poco aprecio hacia los militantes antifascistas presentes en el Plata y que, por su alto origen social y tendencia política moderada, la mayoría de ellas se expresaron, por lo general, en términos críticos respecto a la política obrera de Perón. En muchos informes diplomáticos —y también en parte de la literatura italiana del período sobre la Argentina— se cuenta que la emancipación del obrero y del peón argentinos, aunque deseable, había sido demasiado “fuerte” y demasiado rápida...

Por lo general, los juicios de los diplomáticos italianos sobre el régimen de Perón fueron prudentes y no muy halagadores. Más que las providencias en favor de los sindicatos, se puso de relieve la demagogia y las ambigüedades del peronismo, tanto en lo económico como en los asuntos internacionales. Aunque ora fuera Perón ora el gobierno italiano que alabara la latinidad y, periódicamente, exaltara el vínculo cultural romano y católico, no se llegó nunca a una relación más entrañable entre ambos. A pesar de que probablemente a algunos círculos de la derecha clerical italiana les hubiera gustado en la posguerra participar de un nuevo eje de naciones conservadoras distinto del eje anglosajón, una alianza semejante no tenía suficientes fuerzas, ni económicas ni militares. El destino de la convergencia entre la Argentina peronista y la España de Franco parecía indicarlo. Al respecto, es interesante señalar que, en aquellos años, se dio cierta competencia en América entre la diplomacia italiana y la de España. Al *Ministero degli Affari Esteri* no le gustaba la hispanidad porque se la consideraba un vehículo de transmisión de

valores políticos autoritarios y porque era un medio apto para reducir la presencia cultural italiana en Latinoamérica. Aunque parezca mentira, en la mitad de los años cincuenta hubo presiones italianas sobre el Vaticano para que la Santa Sede redujera los envíos de curas misioneros españoles a la Argentina y demás países, ya que se consideraba que con su presencia desequilibraban la importancia de los curas italianos allí radicados...

Los limitados intentos por desarrollar una política exterior más independiente y con una tendencia neutralista, desaparecieron tempranamente del horizonte de la diplomacia italiana. Cuando en 1948-49 el gobierno de Roma firmó una serie de tratados de amistad y colaboración con los estados latinoamericanos, y personalidades italianas emprendieron una gira por el continente, hubo una consigna precisa: desatender toda oferta que pudiera llegar de aquellos gobiernos en favor de constituir un eje de "tercera fuerza" y desinteresarse de sus quejas contra los EE.UU. Italia no podía hacer nada contra Washington y reconocía que América era un coto cerrado de los yanquis. En cambio, la sugerencia era intentar construir, particularmente en economía, una cooperación triangular entre Latinoamérica, EE.UU. e Italia. Sólo a finales de los años cincuenta la política exterior italiana volvería a posturas más abiertas.

Además, estaban las ambigüedades de Perón hacia el Pacto Atlántico, la Unión Soviética y la posibilidad de una nueva guerra mundial. Puede recordarse que algunos acusaban al presidente argentino de querer aprovecharse, política y económicamente, de la tensión internacional: el mismo Agostino Rocca, artífice de Techint, escribió que Perón deseaba que estallase el conflicto entre las grandes potencias. Cuando se estipuló el protocolo de amistad y colaboración ítalo-argentino, en diciembre de 1948, la diplomacia italiana rechazó el texto comprometedor propuesto por Buenos Aires que preveía consultas y socorro económico mutuo en caso de agresión.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la política italiana hacia Latinoamérica se diferenció de la política fascista principalmente en dos puntos. Por una parte, no tuvo el veleidoso intento de aparecer como una gran potencia; por otro, volvió a favorecer la emigración. No obstante, a pesar de las declaraciones democráticas, las relaciones con los gobiernos del subcontinente no cambiaron gran cosa, ni se echó mano a proyectos de cierta envergadura. Como durante el régimen de Mussolini, la América Latina fue entonces un útil instrumento para alcanzar otros objetivos. Como participantes del bloque de los vencedores y luego miembros de la ONU, los estados latinoamericanos aparecían, primero, como valiosos para el objetivo de lograr "justas" condiciones de paz; luego, como medios para facilitar la admisión de Italia en la ONU y la restitución de las colonias africanas y de Trieste. Hasta 1955, los contactos políticos que Italia tuvo con los gobiernos latinoamericanos se orientaron hacia esos objetivos.

Lo mismo ocurrió con Buenos Aires. Aunque el estado de las relaciones de Perón con Washington —primero difícil y luego marcado por cierta ambigüedad— complicara el asunto, el gobierno de Roma, por lo general, pudo contar con el respaldo de la diplomacia argentina para dichas reivindicaciones. Por ejemplo, la

simpatía con que la prensa argentina dio cuenta de la cuestión de Trieste hasta su conclusión en 1954, fue bastante significativa (sobre el particular, puede verse lo que escribió *Democracia*, órgano de prensa de Perón).

Más importante, en lo social y económico, era el tema de la emigración. En 1945, el gobierno de Buenos Aires, junto con otros estados latinoamericanos, se declaró favorable a recibir un buen número de inmigrantes italianos. El *Ministero degli Affari Esteri* aceptó la proposición, aunque supeditaba la emigración a acuerdos bilaterales que garantizaran condiciones de trabajo equitativas y de democracia y libertad. Desafortunadamente, gran parte de la historia de la emigración italiana a Latinoamérica después de la Segunda Guerra Mundial aún está por escribirse porque, por lo menos hasta la fecha, en lo que se refiere a los investigadores italianos se privilegió a la época anterior. Sin embargo, el volumen del éxodo no parece despreciable: entre 1946 y 1955 viajaron a la Argentina casi 360 mil italianos (el máximo se alcanzó en 1949 con 98.262 emigrantes).

La emigración se desarrolló dentro del marco de los acuerdos italo-argentinos firmados en febrero de 1947 y en junio de 1952. La historia de los acuerdos como la de los muchos temas conectados con ellos está —lo repetimos— por hacerse, por lo que se necesitarían adecuadas investigaciones. Aquí me limito a indicar lo complejo que, según parece, fue la estipulación de los acuerdos de 1947 por la oposición que desarrollaron en Italia los partidos de izquierda y el sindicalismo más importante, entonces todavía unificado. En 1946-1947, la Confederación General de Trabajadores italianos apareció más bien perpleja frente al problema general de la emigración: a pesar de que el componente comunista se resistía mucho a aceptar semejante manera de resolver el paro, la emigración se admitía si se disponían protecciones y garantías y si se otorgaba al sindicalismo italiano la posibilidad de colaborar con las organizaciones sindicales de los países de destino. Aunque no existen estudio sobre el tema, esta última condición significaba, en relación con la Argentina, problemas político-ideológicos dada la orientación del justicialismo. Por ello, parece que la Confederación trató de entorpecer la conclusión de los acuerdos italo-argentinos; sólo después de un ruidoso mitin de protesta en Roma, promovido por la multitud deseosa de emigrar al país del Plata, se firmaron los acuerdos. En la literatura de la época se acusó a los comunistas de oponerse a la emigración —sobre todo, a la emigración transoceánica a un país tildado de “fascista”— porque abrir esa válvula de escape significaba aligerar el malestar económico-social y, por ende, alejar la ocasión revolucionaria. La siguiente ruptura de la unidad sindical determinó que la actitud acerca de la emigración se ideologizara aún más y se estableciera un enlace partidario más fuerte, aquende y allende el Atlántico. El asunto espera todavía una investigación adecuada.

Por su parte, los organismos oficiales italianos seguían convencidos de que los problemas nacionales no se podían solucionar si una parte de la población no salía del país. Así, en 1949 un informe reservado de la *Direzione Generale dell'Emigrazione* indicaba que sobraban por los menos cuatro millones de personas; por otra parte, sus envíos de dinero, de irse a trabajar al extranjero, también serían aprovechables... Por eso se intensificaron los proyectos públicos y de particulares

a través de la colaboración con instituciones como la *Commissione Cattolica di In-migrazione*. Los nuevos acuerdos intergubernamentales de 1952 proporcionaron la oportunidad migratoria para 500 mil campesinos italianos. A pesar de la momentánea mejoría de la economía mundial que significó el conflicto de Corea, en la Argentina existía cierta crisis económica. Como entre las muchas reclamaciones oficiales italianas de aquellos años figuraban las condiciones deprimidas del mercado de trabajo, no puede evitarse el señalamiento de la inconsciente demagogia involucrada en aquellos acuerdos. En el informe de enero de 1953 del delegado gubernamental presente en el transatlántico *Giulio Cesare* se definieron los acuerdos, con mucha discreción, como “obra de incompetentes”. El mismo documento –al que podrían sumarse otros testimonios– revelaba las muchas causas que empujaban a los emigrados a volver a su patria: poco trabajo, escaso poder adquisitivo de los sueldos, imposibilidad de enviar dinero a Italia, diversidad de la vida americana, etc. A esto había que añadir –característica que se encuentra subrayada en gran parte de la literatura de la época– la valla de incomprensión, y quizás de hostilidad que existía entre los viejos y nuevos inmigrados.

No faltaban quejas por la insuficiente defensa de los derechos de los inmigrados por parte de las autoridades consulares. Además, en las cumbres políticas de Roma, el “asunto Argentina”, como el más amplio de Latinoamérica, preocupaba poco. Por ejemplo, el diputado de la Democracia Cristiana, Gennaro Cassiani, que había visitado los países del Plata en 1951, se quejaba ante el ministro de Asuntos Exteriores, Carlo Sforza, por la falta, desde siempre, de una política seria hacia aquellas tierras y los italianos allí establecidos: todo el mundo sabía que las cosas no marchaban, pero él había visto que la situación era aún peor de lo imaginado. Un ejemplo de ello era el estado en que se encontraba el gran edificio de la Casa de Italia en Buenos Aires, que desde hacía siete años estaba abandonado a las ratas... Un episodio ocurrido en diciembre de 1952 es un espejo contundente de que los asuntos latinoamericanos tenían un ínfimo grado de prioridad. El presidente del gobierno italiano, Alcide de Gasperi, frente a las repetidas insistencias del *Direttore Generale degli Affari Politici del Ministero degli Affari Esteri* a fin de que se hiciese algo en América Latina, dijo que “es bueno pensarlo y repensarlo; y volveremos a conversar de ello más adelante”.

También es menester aludir al asunto de la ciudadanía. En la memoria del *Ministero degli Affari Esteri* de 1945 se decía que era improrrogable y necesario un decidido cambio de rumbo frente a la política fascista de defensa nacionalista de las comunidades emigradas. Y así se hizo, sin haberse dedicado al tema la suficiente reflexión. Parece que sólo a partir de la primavera de 1955 el asunto fue discutido por el *Ministero* debido al proyecto justicialista para constituir un Movimiento Peronista de Extranjeros destinado a favorecer la naturalización de los inmigrados. Como la embajada de Francia preparaba una protesta, también la diplomacia italiana debió enfrentar el problema. De momento, la ulterior caída de Perón solucionó el asunto, pero la discusión que entonces se desarrolló dentro del ambiente diplomático italiano fue bastante reveladora. Se sostuvo que frente a la consigna fascista de impedir la asimilación, luego de 1945 la actitud gubernamental había si-

do opuesta. Además, el subsecretario de Exteriores, el diputado Badini Confalonieri, que visitó a la Argentina, había afirmado que el deseo de la mayoría de los inmigrados era conseguir la ciudadanía argentina sin perder la de Italia. La legislación italiana de 1912 parecía impedir esa ciudadanía pero —se dijo— podía hacerse la “vista gorda” o cambiar la ley. Sin embargo, el problema era difícil ya que hasta el momento no existían directivas detalladas y nadie quería que el asunto se discutiera en el Parlamento de Roma. También —quedó escrito en las actas de la reunión de los altos funcionarios del Ministerio— parecía útil a los intereses nacionales tener influyentes ciudadanos argentinos de origen italiano en lugar de italianos que quedaran aferrados a su condición de extranjeros. Por eso, no convenía oponerse a la tendencia peronista orientada a favorecer la asimilación, aunque fuera necesario preservar la libertad de los emigrados a elegir. Había que averiguar cómo la ley argentina declaraba la pérdida de la ciudadanía italiana por parte de los que se argentinizaban y se podía pensar en la aceleración de los expedientes para recuperar la ciudadanía italiana. Dentro de este panorama, en 1956 la embajada italiana en Buenos Aires se propuso una gran limitación de la emigración.

### *La prensa italiana frente al peronismo*

Resta averiguar cuál era la opinión de la prensa italiana acerca del peronismo. Las objeciones que experimentó la imagen del país del Plata en la Italia de posguerra se deben, y fácil es detectarlo, a una razón muy sencilla. Perón tenía algo de Mussolini: su régimen, si bien carecía de características similares eran, parecidas a las del fascismo; al menos ello explica tanto las omisiones como las críticas de la prensa italiana. Ni siquiera en los grandes diarios y revistas moderados, que dominaron el panorama editorial del período como *Il Corriere della Sera*, se encuentra algún aprecio hacia Perón. Era considerado un dictador que, si bien hizo algo en favor del pueblo más bajo —a menudo, esa prensa emplea el término *popolino*, bastante despectivo—, lo realizó para su conveniencia, porque necesitaba de una palanca de nuevo cuño para adueñarse del poder. Se escribía que el bienestar del pueblo no le importaba gran cosa; le servía tener un arma poderosa contra la antigua oligarquía y contra las tentaciones políticas de las fuerzas armadas. También a Evita se la dejaba mal parada: por su ambición, por la cursilería de algunos actos y posturas, etc. Pero, quizás, lo que llama más la atención es el escaso número de artículos dedicados al tema argentino a lo largo de toda una década: los relatos se avivan, sobra decirlo, sólo en ocasión de la muerte de Evita y de la crisis final del régimen.

Además, hay que subrayar lo poco que se profundiza la realidad argentina. De las elecciones en el país del Plata —tema que podría ser muy interesante dada la importancia que las consultas electorales recobraron en la fundación de la república italiana— poco se contó y sobre lo que quedaba de vida parlamentaria el silencio fue absoluto. No se comprende cómo a la gran prensa de centro no le gustara la destrucción o absorción de las fuerzas de la izquierda marxista. Tampoco

puede entenderse que en aquella prensa se hable poquísimos de las reformas sociales, de las mejoras introducidas en la legislación del trabajo o de la gran fuerza conquistada por el sindicalismo peronista. Menos se comprende la tibieza con que se dio la noticia de las intimidaciones del régimen contra los que podríamos considerar los homólogos de *Il Corriere della Sera*, esto es, los diarios *La Prensa* y *La Nación*. Entonces, se llegaba casi a una paradoja: a los lectores italianos se les decía continuamente que Perón era un dictador, pero casi nunca se les explicaba de manera cabal en qué consistía eso.

Sólo al final del régimen, las mejores plumas del periodismo —hay que hacer hincapié en el hecho de que, hasta 1955, la casi totalidad de los artículos sobre la Argentina eran sueltos no firmados o resúmenes de noticias de las agencias de prensa— se comprometieron con el tema. Así es que, en lo que atañe, por ejemplo, a *Il Corriere*, encontramos, hacia mediados de junio de 1955, a Augusto Guerriero quien, bajo el muy sugerente título de “La cruz y la espada”, mostraba lo contradictorio del enfrentamiento de Perón con la Iglesia Católica; otro periodista enfocaba “las tribulaciones de la dictadura” abarcando los más hondos problemas causados por la mala política económica de Perón, etc. Después de la caída, acogida favorablemente, se formularon juicios con liviandad. Del régimen derrumbado, Augusto Guerriero no salvaba ni una pizca y, afectando un conocimiento histórico muy superficial, antes que al peronismo prefería a las dictaduras de Mussolini o de Hitler porque estaban más conectadas con el efectivo malestar previo de Italia y de Alemania. Por su parte, Indro Montanelli daba más en el blanco subrayando el cinismo de Perón para con el pueblo, el de la misma Evita, etc. Expresiones y juicios semejantes se encontraban en otros diarios y revistas moderados.

Desde luego, dentro de la extrema derecha italiana se encontraba una favorable apreciación del peronismo. Perón era ensalzado por su política nacionalista, por su aversión al capitalismo yanqui, por su anticomunismo y, también, por haber intentado darle un escarmiento al clero que procuraba adueñarse del poder a través de un partido demócrata cristiano y con la bendición de Washington. Se justificaba la incautación de *La Prensa* y se otorgaba un gran relieve a las conjuraciones organizadas por los opositores a Perón, lo que explicaba la vigilancia policial. Asimismo, en la prensa del *Movimento Sociale Italiano* o en la cercana al mismo, se encontraban muchas omisiones, cosa que no extraña: los problemas económicos, las ambiguas relaciones del régimen con la Unión Soviética, etc. Por otra parte, al igual que en la prensa de los demás partidos italianos, los artículos eran escasos y breves. Aunque el tema debería ser mejor investigado, parece que en aquella actitud influyó poco la no despreciable presencia en el Plata de antiguos fascistas salidos de Italia y las simpatías, no escasas, entre los ítalo-argentinos hacia los pasados veinte años de la dictadura del Duce.

Una y otra vez se puede comprobar que, para juzgar, se miraba más la situación italiana que la de Argentina. Describiendo la acción de los descamisados lanzados a la calle para defender a Perón, el diario se preguntaba si pasaría lo mismo en Italia si se levantara el ejército... A la caída del presidente, cuando se preveía lo que iba a acontecer, se lo hacía en base a la historia italiana de 1945–47, y se

profetizaba la constitución de un gobierno de demócratas cristianos y comunistas, elogiado por los EE.UU. Además, es interesante la nota de preocupación con que concluía el artículo pues el ensayista se preguntaba qué destino le aguardaba al millón o más de *fascisti* que en la Argentina habían encontrado un trabajo decente e inclusive, algunos de ellos, altos cargos...

El análisis de la prensa católica —en línea con la estrechez de las pesquisas, limitadas a pocos periódicos aunque bastantes diferentes unos de otros— lleva a afirmar que en dicha prensa se daba, a menudo, un juicio positivo acerca del peronismo excepto, naturalmente, durante el último período. Se agradecía a Perón por haber enviado vituallas a Italia en 1946 y 1947 y por haber recibido a nuestros emigrantes. Por ejemplo, el órgano de prensa del partido de la Democracia Cristiana desmintió lo que los comunistas afirmaban acerca de las malas condiciones en que se encontraban los italianos en la Argentina. El mismo diario no se preguntaba si el régimen era totalitario o no: prudentemente, optó por considerar al peronismo como un movimiento aún sin definición pero positivo en conjunto. Se otorgó relieve a los triunfos electorales y al alborozo de las masas en la Plaza de Mayo. El hecho que hasta 1954 la iglesia argentina fuera muy respetada y que le diera al régimen su respaldo empujó a muchos en Italia a hacer caso omiso de aquellas medidas —cierre de periódicos, control de la prensa, limitación de los derechos políticos, etc., que los católicos democráticos no hubieran aceptado en su patria. Lo mismo puede decirse de aquellos caracteres —saña antiestadounidense, retórica continua, nacionalismo exasperado, etc.— que ni siquiera debían agradar a muchos curas y obispos.

Sin embargo, es necesario destacar que, si a menudo había una información superficial —por ejemplo, véase las descripciones de Evita como una benefactora aunque un poco desprolija—, otros periódicos eran más atentos. Los artículos de *Il Popolo*, más políticos en comparación con semanarios de gran difusión como *Famiglia Cristiana* y mucho más democráticos dentro de la vertiente político-religiosa que *Civiltà Cattolica*, fueron afinando con el tiempo su visión. Sólo en el diario de la Democracia Cristiana se encontraba cierta atención crítica respecto a la comunidad fascista italiana de Buenos Aires. Más tarde, cuando el malestar económico apareció con toda su gravedad, *Il Popolo* no intentó ocultarlo: según parece, dado lo ocurrido en la economía, invitó a los demócratas cristianos italianos a ser más prudentes —quizá ya sabía que algunos querían preparar otra solución política en la Argentina— y a denunciar la corrupción del régimen. En 1953, en las columnas de *Il Popolo* también aparecieron artículos escritos por argentinos manifestándose preocupados por lo que ocurría en el Plata y temerosos de que el comunismo fuera a sacar ventajas.

No obstante, algunos meses más tarde, otras revistas católicas siguieron trabajando dentro de una perspectiva triunfalista. Dentro de las varias publicaciones, éste es el caso de la revista de temas de cultura general de la Universidad Católica de Milán *Vita e Pensiero*. Publicó por entonces una acentuada alabanza de Perón y del justicialismo, en un artículo que mostraba mucha simplicidad. Por ejemplo, el presidente era pintado como un hombre sencillo y expansivo, casi un here-

dero de los antiguos socialistas moderados. Si en el artículo no se ocultaba lo heterogéneo y aun lo contradictorio de la doctrina justicialista, el juicio era, sin embargo, favorable: el aspecto negativo del peronismo –se escribía– había que buscarlo en la voluntad de adelantarse demasiado, y en querer transformar en un país fabril a un país ganadero y trigoero.

Todas las diferencias –unas de matices, otras más sustanciales– que se encontraban en la prensa italiana de inspiración católica se borraron a partir de noviembre de 1954. Fue cuando Perón se volvió contra la iglesia; entonces, el tono cambió repentinamente. Comenzó la publicación de noticias referidas a aspectos del régimen que antes se habían callado, como que en la CGT y entre las autoridades superiores abundaban los masones y los marxistas. Cuando se produjeron los desmanes de los descamisados contra las iglesias, la prensa católica italiana consideró a Perón un dictador irresponsable, y a sus seguidores unos vándalos. No se explicaba la razón política del enfrentamiento y se consideraba al viraje anticlerical del régimen como un recurso disparatado para salir del atolladero en que “el líder” se había metido y, de esa manera, cubrir sus propios errores. En consecuencia, la huida del dictador fue recibida con satisfacción.

Sobra decir lo negativo del juicio sobre el peronismo formulado por las fuerzas de izquierda, tanto las de inspiración marxista como las radicalburguesas. En cuanto a estas últimas es suficiente referirse al semanario *Il Mondo*. Ya desde el título de algunos artículos, *Il caudillo massimo*, se podía detectar la actitud despectiva; en el comentario conclusivo sobre la experiencia peronista abundaban términos como demagogia, errores, limitaciones. Si hubiera continuado en el poder –se afirmaba–, Perón habría empujado a la Argentina aún más hacia el abismo, ya que habiéndole dado una economía absurda e insegura había empobrecido de una manera increíble a un país riquísimo.

La información de la prensa socialista se mostraba muy elíptica. Sobre todo, no había en el diario del partido socialista mayoritario, *l'Avanti!*, ni un solo artículo sobre la Argentina en 1946 y 1947. En los años siguientes, las informaciones eran escasas y las noticias aparecían seleccionadas. Por ejemplo, no se encontraba referencia alguna a las elecciones ni a las reformas sindicales y sociales. Sin embargo, lo más sorprendente era la ausencia completa de información sobre la suerte del antiguo partido socialista argentino y, en general, de las izquierdas en el país del Plata. Ya hemos visto que lo mismo pasaba con las demás fuerzas políticas italianas que no se interesaban en sus homólogos extranjeros. De esta manera, se confirma la impresión de que lo que ocurría en Latinoamérica era algo ajeno... Y esto a pesar de que socialistas italianos de cierta categoría como Rodolfo Mondolfo y otros habían vivido en Buenos Aires, entre los muchos emigrados presentes en el país y entre los nuevos que seguían ingresando año tras año. Muy poco se encontraba en *l'Avanti!* sobre la emigración; sólo noticias de agencia en ocasión de algún incidente: por ejemplo, cuando setenta y cinco trabajadores italianos fueron encarcelados por haber manifestado en contra de las restricciones para los envíos de dinero a Italia. Aún cuando en otros periódicos del partido se encontraba algo acerca de la emigración, los artículos respectivos no eran medi-



tados. También se hacían afirmaciones que no parecían caber dentro del ideario socialista, como quejas por el bajo nivel de nuestros emigrados, por lo que, se sostenía, dentro de diez años la estratificación social argentina vería a los italianos en el escalón más bajo.

Desde 1951, se publicaron más artículos, la mayoría, desde luego, despectivos para con Perón y su régimen. A menudo, relatando las violencias sufridas por los opositores, se mostraba la equivalencia entre las pandillas de matones peronistas y las *squadracce* de Mussolini; además, de vez en cuando, el movimiento justicialista era abiertamente tildado de fascista. Sin embargo, había algo de Perón que le caía bien al ala mayoritaria e izquierdista del socialismo italiano: la denuncia del imperialismo y del capitalismo yanquis, y la campaña contra la Iglesia Católica. En particular, sobre este último tema se escribía bastante: la solidaridad anticlerical era casi absoluta y el diario socialista atribuía a la derecha católica extremista (!) el intento de construir un partido demócrata cristiano. Por supuesto, se escribía, el régimen debía ser rechazado pero, en lo referente a los temas eclesiásticos, Perón tenía razón: continuaba la revolución liberal que en Italia, desafortunadamente, se había estancado; además, los curas eran poderosos aliados del imperialismo estadounidense. Antifascismo, aversión hacia los EE.UU. y anticlericalismo dominaban en el análisis de *l'Avanti!*. Pero ningún consejo recibieron los argentinos de parte de los socialistas italianos: frente a la caída de Perón, las previsiones eran vagas o retóricas, una nueva prueba de que el asunto no invitaba al compromiso.

La postura de los medios de información del Partido Comunista Italiano acerca del tema argentino tenía muchas semejanzas con lo dicho sobre el Partido Socialista Italiano. Se compartía la hostilidad hacia los yanquis y la iglesia. De vez en cuando se publicaban las patrañas de las agencias internacionales sobre los "quinta columna" nazis fabricando armas terribles en la Argentina. Si a veces el análisis se mostraba reticente, por lo general se recordaban las antiguas simpatías de Perón hacia el Eje, los caracteres fascistas de su régimen, etc. Pero, también se indicaba que los reaccionarios del país y los EE.UU. estaban contra Perón: por lo tanto el dictador, aunque fuera un títere de aquéllos (!), mostraba una política demagógica... Mientras que los socialistas italianos aparecían completamente desconectados de sus homólogos argentinos, en la prensa del PCI se detectaba el enlace existente entre los comunistas de aquende y allende el Atlántico; si bien no se comprometía en apoyar de manera abierta la táctica del PCA, se daba cuenta de sus propuestas políticas incluyendo las aperturas hacia Perón. Puede ser que un lector crítico encontrara difícil comprender cómo esa disposición podía conciliarse con la lucha contra un régimen tildado de fascista y con lo que proclamaba *L'Unità*: que, entre los opositores, los comunistas eran los más perseguidos.

A pesar de estas y otras incoherencias que se encontraban en la prensa comunista, debe decirse que casi solamente en ella se reconocía que Perón, si bien a través de muchos errores, había mejorado la condición del proletariado argentino. Así es que no sorprende que, en ocasión de la crisis de 1955, se rezumara repugnancia hacia los enemigos de Perón y que la satisfacción por la caída del dictador también se cubriera de preocupación: cualquier nuevo gobierno quizás iba

a ser peor, porque los cuarteleros que habían derrocado al "líder" cuidaban menos que aquél de la libertad de los argentinos. De todos modos –se escribía– había una esperanza y era el PCA, que sacaría ventajas de la conclusión del experimento justicialista en el que tantos trabajadores habían creído. En conjunto, si bien con algunas grandes ambigüedades, la prensa del PCI informaba bastante sobre el país del Plata. Tampoco escaseaban los artículos sobre los emigrados italianos. Desde luego, en los relatos de la triste condición de los emigrados aparece claramente el intento de desprestigiar tanto al gobierno italiano como al argentino en tanto permitían que ello sucediera. La descripción era sombría: sueldos bajísimos, promesas sin cumplir, alojamientos en viviendas precarias y, para quienes pedían regresar a Italia, apaleamiento por parte de la policía...

### *Reflexiones finales*

Podríamos haber ampliado el análisis registrando lo que se escribió sobre la Argentina y los argentinos en los muchos libros y folletos que se publicaron entre 1946 y 1955 –algunos francamente de propaganda, otros más meditados y sinceros– en relación con la nueva oleada migratoria italiana hacia el Plata, pero este trabajo quizás sea ya demasiado largo. Terminamos, pues, con algunas observaciones.

En definitiva, se destaca lo escasamente relevante que fue el tratamiento de la comunidad emigrada dentro de las relaciones italo–argentinas. La existencia en el país del Plata de un importantísimo sector de población de origen italiano no parece haber determinado realmente la política exterior nacional para con Buenos Aires, ni siquiera en los años del fascismo. El cambio político italiano en 1922 y el argentino en 1930, junto a las restricciones del flujo inmigratorio, aflojaron los contactos no gubernamentales entre los dos países y redujeron grandemente el pluralismo ideológico y político del intercambio. Entre 1945 y 1955, Italia y la Argentina se encontraron aún más desconectadas, no a nivel oficial pero sí debido al clima ideológico–político dominante. Como Italia acababa de salir de una experiencia autoritaria, el régimen de Perón no podía despertar grandes simpatías. Esto se reflejó mucho en la prensa: ésta apareció muy condicionada por intentos sectarios de origen partidista, por falta de conocimiento directo de la realidad argentina, etc. Uno puede preguntarse si, de haber ganado las elecciones de febrero de 1946 la coalición antiperonista apoyada por el gobierno de EE.UU., las relaciones y el intercambio hubieran sido diferentes. No se quiere aplicar aquí, de manera cabal, la *contrafactual history*, pero tal vez esto serviría para detectar mejor las características de la situación. No puede olvidarse que el nuevo rumbo en la historia de las relaciones entre los estados de Europa Occidental, después de la Segunda Guerra Mundial, quedó favorecido por lo parecido de las tendencias políticas en el poder en Francia, Alemania Federal, Bélgica, Italia, etc. Probablemente, si la Argentina hubiera tenido un gobierno radical en 1946, las relaciones diplomáticas y económicas italo–argentinas no habrían sido muy diferentes de lo que

fueron históricamente. En efecto, cuando la Argentina volvió a la democracia parlamentaria a finales de los años cincuenta, no hubo un cambio significativo en el marco de las relaciones recíprocas. Hay que señalar que la visión del mundo de los partidos y sindicatos en la Italia de la segunda posguerra abarcaba, más allá de los asuntos nacionales, sólo Europa y la América del Norte. La voluntad y la capacidad de planear proyectos políticos y económicos novedosos no traspasaron las fronteras europeas, y la nueva oleada migratoria hacia el Plata no se desarrolló dentro de marco ideal alguno. Los enlaces político-culturales que siguieron existiendo a nivel "popular" aún tienen que ser investigados, y habría que dirigir las pesquisas hacia la extrema derecha, la extrema izquierda y el mundo católico.

En consecuencia, parece que dentro de semejante situación, aunque en la Casa Rosada no hubiese estado Perón, las relaciones oficiales italo-argentinas no habrían sido muy diferentes. Sin embargo, quizás el acercamiento a la realidad platense podría haber sido distinto; en particular, habría cambiado la manera de relatar sobre la Argentina en las columnas de los diarios y las revistas.

#### RESUMEN

El presente trabajo analiza las percepciones italianas de la Argentina a partir de la documentación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Roma, de la prensa de la época y de la historiografía existente en la península. Por un lado, se examinan las relaciones diplomáticas entre ambos países a partir de 1930, asignando especial relevancia al plano político-ideológico y al interés de Mussolini en instrumentarlas en favor de su prestigio. Luego se analiza la imagen de la Argentina en la prensa italiana que, si bien se sujetaba a las consignas del régimen fascista, mostraba algunos matices. Tras estudiar las peculiaridades de la relación durante el período de guerra, se hace lo propio con los juicios de los diplomáticos italianos sobre el gobierno peronista, en general prudentes y no muy elogiosos. En un marco sustancialmente distinto, la diplomacia peninsular abandonó los objetivos ambiciosos del fascismo y volvió a favorecer la emigración aunque no hubo gran preocupación por la situación de sus connacionales en el país del Plata. En cuanto a la prensa italiana, las percepciones sobre el peronismo estaban cargadas de ambigüedades y al lado de los juicios plagados de sectarismo, se advertía el desconocimiento de la realidad argentina. Finalmente, se destaca que Italia carecía de proyectos novedosos en sus relaciones más allá de las fronteras europeas por lo que, aún no habiendo gobernado Perón, las relaciones recíprocas no hubieran experimentado cambios significativos.

#### ABSTRACT

*This paper analyses Italian perceptions of Argentina based on documentation from the Ministry of Foreign Affairs in Rome, from the press of the time and from the historiography available in the peninsula. On the one hand, there is an analysis of the diplomatic relations between the two countries as from 1930, highlighting the political and ideological aspect and Mussolini's interest in establishing such relations to back his*

*prestige. Then there is an analysis of Argentina's image in the Italian press which, although it adhered to the instructions of the fascist regime, did show certain shades of difference. After studying the peculiarities of the relationship during the war, the same is done with the opinions of the Peronist government held by Italian diplomats, usually cautious and not very complimentary. Within a substantially different context, Italian diplomacy gave up fascism's ambitious goals and again favored emigration, although no great concern was felt for their fellow countrymen's situation in the River Plate country. With regard to the Italian press, their perceptions of Peronism were charged with ambiguities and alongside sectarian judgments there was an obvious ignorance of the Argentine situation. Finally, it is pointed out that, since Italy lacked novel projects in its relations beyond the frontiers of Europe, even if Perón had not governed, the reciprocal relations would not have undergone significant changes.*